

cos; ella opinaba rotundamente y tenía desconcertantes salidas de tono; gustábale colorear pintorescamente su conversación abundante y poco armónica con vocablos criollos. Recitó con voz bien timbrada versos suyos, muchos de ellos inéditos, y que escondía con avara fruición. Uno principalmente, me admiró por la fuerza de su sinceridad. Comenzaba, si mal no recuerdo, así:

*He de volver a ti, propicia tierra,
como una vez surgí de tus entrañas,
con un sacro doler de carne viva
y la virginidad de las estatuas...*

También tocó el piano e interpretó a Wagner y a Chopin, de manera personalísima.

Volví al otro día, llevando a un amigo poeta y compañero de viaje, a quien María Eugenia mostrara deseos de conocer, pues ya sabía de su labor de artífice admirable.

La tarde se nos fué agradablemente y prometimos regresar al otro día para efectuar un paseo al Prado. Llegamos puntuales y ya la poetisa nos esperaba; salimos, y me llamó la atención su desgaire en el vestir, tanto como su acariciado, queridísimo proyecto—que durante el viaje nos fué explayando—de hacerse una casa subterránea a la que llamaba “la casa del silencio”. Allí nadie perturbaríala; y allí hundiría sus terribles noches de insomnio.

Como botín de nuestras entrevistas, le arranqué algunas composiciones, entre ellas un soneto inédito que me entregó, imponiéndome la condición de que no habría de publicarlo. Se trata de una poesía honda y delicada, y hacia la que mostraba una predilección manifiesta. Hela aquí: